

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA, CICLO B



MONICIÓN DE ENTRADA

En este segundo domingo de Pascua, los ecos de la Resurrección del Señor resuenan todavía en nuestros corazones. El Señor ha resucitado, está entre nosotros y nos regala el don de una Vida Nueva. Jesús es el Señor. Y nosotros debemos comunicarlo con audacia y valentía.

LECTURAS

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles 4, 32-35

Sal 117, 2-4. 22-24. 25-27a

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 5, 1-6

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 19-31

MENSAJE ANTES DE LA COLECTA

Ser testigos de la Vida nos obliga también a una renovación de nuestro testimonio comunitario, para transmitir que la fe, la esperanza y la caridad conforman ejes fundamentales y poderosos de nuestra vida. Que nuestra generosidad en la colecta de hoy, destinada a la labor de Caritas Parroquial, sea un signo de ello.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Danos tu corazón resucitado, para sentir que vas por delante de nuestra vida, guiando nuestros pasos para que lleguemos a ser sembradores de Esperanza y Vida. Respondemos a cada petición: *Danos un corazón resucitado.*

—Danos, Jesús, un corazón *generoso*, capaz de amar, para abrirse y entregarse. *R./ Danos un corazón resucitado.*

—Danos un corazón *paciente*, capaz de amar, viviendo esperanzados. *R./ Danos un corazón resucitado.*

—Danos un corazón *pacífico*, capaz de amar, sembrando la paz en el mundo. *R./ Danos un corazón resucitado.*

—Danos un corazón *justo*, capaz de amar y trabajar por la justicia. *R./ Danos un corazón resucitado.*

—Danos un corazón *misericordioso*, capaz de amar, comprendiendo, acogiendo, curando, perdonando. *R./ Danos un corazón resucitado.*

—Danos un corazón *sensible*, capaz de amar, llorando sin desalientos. *R./ Danos un corazón resucitado.*

—Danos un corazón *puro*, capaz de amar, descubriendo a Dios en cada ser humano.

—Danos un corazón *fuerte*, capaz de amar, siendo fiel hasta la muerte. *R./ Danos un corazón resucitado.*

Danos tu corazón, Señor, un corazón resucitado.

REFLEXIÓN

Jesús resucitado se aparece a los discípulos varias veces. Consuela con paciencia sus corazones desanimados. De este modo realiza, después de su resurrección, la “resurrección de los discípulos”. Y ellos, reanimados por Jesús, cambian de vida. Antes, tantas palabras y tantos ejemplos del Señor no habían logrado transformarlos. Ahora, en Pascua, sucede algo nuevo. Y se lleva a cabo en el signo de la misericordia. Jesús los vuelve a levantar con la misericordia —los vuelve a levantar con la misericordia— y ellos, *misericordizados*, se vuelven *misericordiosos*.

[...] Lo vemos en la primera Lectura. Los Hechos de los Apóstoles relatan que «nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común» (4,32). No es comunismo, es cristianismo en estado puro. Y es mucho más sorprendente si pensamos que esos mismos discípulos poco tiempo antes habían discutido sobre recompensas y honores, sobre quién era el más grande entre ellos (cf. *Mc* 10,37; *Lc* 22,24). Ahora comparten todo, tienen «un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4,32). ¿Cómo cambiaron tanto? Vieron en los demás la misma misericordia que había transformado sus vidas. Descubrieron que tenían en común la misión, que tenían en común el perdón y el Cuerpo de Jesús; compartir los bienes terrenos resultó una consecuencia natural. El texto dice después que «no había ningún necesitado entre ellos» (v. 34). Sus temores se habían desvanecido tocando las llagas del Señor, ahora no tienen miedo de curar las llagas de los necesitados. Porque allí ven a Jesús. Porque allí está Jesús, en las llagas de los necesitados.

Hermana, hermano, ¿quieres una prueba de que Dios ha tocado tu vida? Comprueba si te inclinas ante las heridas de los demás. Hoy es el día para preguntarnos: “Yo, que tantas veces recibí la paz de Dios, que tantas veces recibí su perdón y su misericordia, ¿soy misericordioso con los demás? Yo, que tantas veces me he alimentado con el Cuerpo de Jesús, ¿qué hago para dar de comer al pobre?”. No permanezcamos indiferentes. No vivamos *una fe a medias*, que recibe pero no da,

que acoge el don pero no se hace don. Hemos sido misericordiosos, seamos misericordiosos. Porque si el amor termina en nosotros mismos, la fe se seca en un intimismo estéril. Sin los otros se vuelve desencarnada. Sin las obras de misericordia muere (cf. *St 2,17*). Hermanos, hermanas, dejémonos resucitar por la paz, el perdón y las llagas de Jesús misericordioso. Y pidamos la gracia de convertirnos en *testigos de misericordia*. Sólo así la fe estará viva. Y la vida será unificada. Sólo así anunciaremos el Evangelio de Dios, que es Evangelio de misericordia.

Santa Misa de la Divina Misericordia, homilía del Papa Francisco, Iglesia de Santo Spirito in Sassia, Roma, 11 de abril de 2021